

La clase obrera y la crisis del régimen zarista de 1905

Laura Marina Vázquez

Universidad de Buenos Aires - Facultad de Filosofía y Letras

vazquezlauram@gmail.com

Resumen

El objetivo del presente trabajo es indagar en las condiciones del desarrollo capitalista ruso que con sus características distintivas llevó al proceso revolucionario que se inició en enero de 1905. Desarrollaremos el proceso de industrialización ruso, su carácter y las contradicciones que impuso en la arcaica formación social del Imperio. En este contexto se analizarán el surgimiento de la clase obrera, las particularidades de su desarrollo y las formas organizativas que adoptó en sus luchas. Nos detendremos en la introducción del marxismo en Rusia, su vinculación con el movimiento obrero y las disputas por la clarificación de las tareas revolucionarias. Por último observaremos cómo en los albores de 1905 se desarrolla la oposición liberal al zarismo en el contexto de agudización de las contradicciones sociales que se vienen desarrollando.

Introducción

La serie de acontecimientos que se desencadenan en Rusia a partir del “domingo sangriento”, aquella brutal represión desatada por el zar Nicolás II sobre las masas de trabajadores que pacíficamente se manifestaban en San Petersburgo en enero de 1905, constituye un hito insoslayable en el desarrollo de la lucha de clases. Ensayo general de 1917, partida de nacimiento de los soviets, rito de pasaje del súbdito fiel al proletario moderno, primer rol protagónico de la huelga política de masas, quiebre del eslabón más débil en la cadena del capitalismo. Estas y otras varias caracterizaciones convierten a la revolución de 1905 en objeto de múltiples análisis y debates dentro del marxismo. El objetivo de este capítulo es explicar el desarrollo previo que hizo posible que un proceso tan eminentemente espontáneo no fuera inusitado. Nos proponemos analizar las condiciones históricas que dieron lugar a dicho proceso e identificar los aspectos que resultarán los más polémicos para el análisis del marxismo contemporáneo a los acontecimientos, desarrollos estos que marcarán a su vez, en su praxis, el devenir de la lucha de clases dentro y fuera de Rusia.

Hacia la industrialización del Imperio Ruso

Para fines del Siglo XIX el Imperio ruso ocupaba un amplio territorio que se extendía desde Polonia hasta el Pacífico, y desde el Ártico hasta el Mar Negro y las fronteras turca y afgana. Este inmenso territorio tenía su centro político en la Rusia europea, en la ciudad de San Petersburgo fundada por el zar Pedro I en 1703, al comienzo de su política expansiva, con la intención de favorecer la vinculación con Europa. El expansionismo del siglo XVIII se había visto acompañado por intentos de modernización de las estructuras sociales que en sí mismos contribuyeron y evidencian el carácter contradictorio del desarrollo del Imperio ruso en su atraso relativo respecto de sus homónimos europeos. Sostiene Trotsky “El proceso de diferenciación social tan intensivo en Occidente, en Oriente veíase contenido y esfumado por el proceso de expansión. (...) Rusia no podía asimilarse a las formas de Oriente, compelida como se hallaba a plegarse constantemente a la presión económica y militar de Occidente. (...) el proceso de asimilación cobra un carácter contradictorio. Así por ejemplo, la introducción de los elementos de la técnica occidental, sobre todo la militar y manufacturera, bajo Pedro I se tradujo en la agravación del régimen servil como forma fundamental de la organización del trabajo. El armamento y los empréstitos a la europea -productos, indudablemente, de una cultura más elevada- determinaron el robustecimiento del zarismo, que, a su vez, se interpuso como un obstáculo ante el desarrollo del país” (Trotsky, 1932: 27). Lo cierto es que Rusia en su desarrollo no atravesaría las formas evolutivas que se habían dado en las naciones europeas, sino más bien incorporaría las conquistas más modernas provenientes de Occidente amalgamándolas a las formas más arcaicas que predominaban en su estructura social.

Esta hibridación de las formas sociales y su carácter contradictorio puede observarse en distintos momentos de la historia rusa, sin lugar a dudas uno de los más relevantes para el tema que nos atañe es la abolición de la servidumbre de 1861. Su carácter tardío y su forma de implementación son reveladores de su naturaleza ajena a las preocupaciones por el desarrollo técnico y la industrialización. En primer lugar, en amplias zonas del Imperio, las extensiones de tierra recibidas por los campesinos resultaban ser bas-

tante menores que las que se les asignara antes de la reforma. En segundo lugar, los pagos de “redención” (pagos a cuenta del monto global de compensación por el derecho de propiedad de la tierra, distribuidos a lo largo de 49 años), se calculaban muy por encima del precio de mercado de la tierra y representaban una carga particularmente onerosa para las unidades campesinas. En tercer lugar y directamente relacionado con lo anterior, los términos de la emancipación estaban previstos para evitar el abandono de las parcelas y la afluencia en masa de los campesinos a las ciudades, lo cual podría comprometer la estabilidad del orden público. Este propósito se cumplió haciendo al *mir* o *obshchina*, la antigua comunidad campesina, responsable colectivamente por las deudas de cada uno de sus integrantes. Como consecuencia del modo en que se implementó la reforma, se reforzaron tanto los lazos del campesino con el *mir* como con el viejo sistema de explotación de la tierra. Resultaba casi imposible para el campesino consolidar sus parcelas, mejorarlas, expandirlas, hacer la transición a la granjería independiente o incrementar la productividad del trabajo (Fitzpatrick, 1994; Gerschenkron, 1962). La única alternativa que restaba a los campesinos, y que sería ampliamente practicada por estos en las décadas siguientes como modo de hacer frente a las elevadas cargas que pesaban sobre la tierra familiar, era la migración temporal para emplearse como mano de obra asalariada (*otjodnik*) ya fuera en la agricultura, la minería, la construcción o en las ciudades. Podemos observar cómo la abolición de la servidumbre en un país eminentemente agrario, lejos de sentar las condiciones que favorecieran el desarrollo técnico de la agricultura, el crecimiento del mercado interno ruso y el surgimiento de una clase obrera urbana capaz de motorizar el proceso de industrialización que comenzaría a desarrollarse en la década 1890, las inhibió reforzando la lógica del propio desarrollo desigual y combinado y dando lugar, como veremos, a una formación social híbrida y plagada de contradicciones.

Si en la década de 1860 las políticas de gobierno veían con recelo la industrialización o en el mejor de los casos eran indiferentes respecto de ella, en la década de 1890 esta se convirtió en un objetivo central, sin duda en estrecha relación con consideraciones de política militar. El despegue industrial de Rusia se desarrolló sobre la base de suplir algunas de las deficiencias que hemos mencionado principalmente a través del accionar estatal. La construcción de un sistema ferroviario fue un aspecto fundamental, más aun teniendo en cuenta las dimensiones del Imperio. Si bien el tendido férreo comenzó ya en 1843, durante la década del `90 se convirtió en objeto privilegiado de las políticas de estado tanto en lo que hace a la expansión de la red ferroviaria como a su administración, en la que el Estado intervino activamente². Como resultado durante este decenio “se construyó un kilometraje equivalente a la mitad de lo construido durante los cincuenta años precedentes” (Kemp, 1979: 208). Este programa de expansión, con su demanda de productos industriales, operó en gran medida como sustituto del mercado interno, que como mencionamos antes, no existía en Rusia debido al nivel de atraso de la producción agraria y al nivel de subsistencia en que vivía la mayoría de la población rural, producto de las fuertes cargas impositivas que lejos de alivianarse, recrudecieron durante el decenio en cuestión. Y es que justamente la política de Estado se centraba en la recaudación impositiva extensiva a grandes capas de la población rural, sin intervenir de otra manera en la economía agraria. Esta masa de recursos, provenientes de las ventas de grano y de los pagos de “redención”, se destinaba a la importación de equipo y maquinaria ferroviaria y a facilitar las inversiones industriales, incluso a través de la inversión directa, supliendo así también el déficit de una burguesía nacional, que vinculada a un libre mercado en crecimiento, fuera capaz de asumir ese rol, como había sucedido en otros países europeos. Las ramas más favorecidas por las compras y subsidios

estatales fueron los ferrocarriles, la industria siderúrgica, las extractivas conectadas con ella y la industria de bienes de equipo. De acuerdo al análisis de Alexander Gerschenkron (1962) ésta y otras particularidades del proceso de industrialización ruso, como la opción por incorporar tecnología de punta y por desarrollar polos fabriles de grandes dimensiones, son también producto de la necesaria sustitución de factores impuesta por el atraso económico. Otra fuente de capital de igual importancia provino del extranjero, principalmente de Francia y Bélgica. Sergei Witte, ministro de Hacienda del Imperio ruso entre 1892 y 1903, artífice de gran parte del proceso de industrialización estatal, llevó adelante una reforma monetaria en 1896 tendiente a garantizar el flujo de inversiones extranjeras. Se estipula que entre 1890 y 1900, la aportación de capital extranjero superó la tercera parte del capital total de las sociedades anónimas creadas en el país y en ciertas ramas como la minería fue más del 50 % (Kemp, 1979).

El desarrollo industrial ruso de la década de 1890 llegó a alcanzar una tasa de crecimiento anual del alrededor del 8 %, e incluso mayor para los últimos años del siglo. Ninguna de las potencias de Europa occidental había tenido un crecimiento industrial tan elevado. Sin embargo la forma y la velocidad de este crecimiento avanzaban en el sentido de hacer más heterogénea e incompatible la estructura económica rusa. Mientras que la industria textil y metalúrgica adquiría una mayor especialización y concentración en ciudades como San Petesburgo, Moscú e Ivanovo, la agricultura, que ocupaba a 4/5 de la población, se desarrollaba casi en el mismo nivel que en el siglo XVII (Trotsky, 1932). Mientras que las explotaciones de petróleo del macizo de Bakú y las minas de carbón de la cuenca del Don en Ucrania ubicaban a Rusia entre los mayores productores a nivel mundial, su elevado grado de concentración y el carácter predominantemente extranjero de los capitales que controlaban esta rama hacían imposible el desarrollo de una burguesía autóctona que pudiera insertarse entre las altas esferas capitalistas y la masa del pueblo. Al respecto de este carácter contradictorio señala Tom Kemp (1979: 210-217):

A diferencia de otros casos en que intervenía el estado para promover la industria, el intento realizado en Rusia en la década de los noventa fue víctima de sus propias contradicciones. Lo que se parecía a una revolución realizada desde arriba, hubiera necesitado desbrozar previamente el terreno para asegurar un proceso sostenido de crecimiento. (...) El mismo modo en que se había desenvuelto su crecimiento, ponía al descubierto sus principales debilidades: la ininterrumpida dependencia del capital extranjero, la necesidad de exportar unos productos agrícolas arrancados a un campesinado empobrecido, la ausencia de una sofisticada industria automatizada productora de maquinaria, la deficiente base proporcionada por el mercado interior en vistas a una mayor mecanización de las industrias productoras de artículos de consumo, así como las tensiones políticas y sociales derivadas de la conservación de aquellas instituciones que iban ligadas a la autocracia.

La formación de la clase obrera

Dadas las limitaciones del despegue industrial ruso, este alcanzó su cénit hacia el cambio de siglo para entrar en un franco estancamiento al menos hasta 1910, pero no sin haber dejado su impronta también en la forma en que se desarrollaría a partir de entonces la clase obrera rusa. Como vimos, a causa de las estructuras del trabajo agrícola, el trabajador fabril ruso era predominantemente un *otjodniki*, es decir, un migrante o tra-

bajador golondrina que se desplazaba desde su aldea hacia los centros industriales durante meses al año, dejando a su familia para que explotase la tierra, para regresar en la época de cosecha o siembra. El incremento de la oferta laboral en las ciudades y las onerosas cargas impositivas que pesaban sobre los campesinos hicieron que esta práctica se extendiera cada vez más entre finales del siglo XIX y principios del XX. Las cifras obtenidas en vísperas de la Primera Guerra Mundial sirven para ilustrar las formas que adoptó el trabajo asalariado en los años precedentes: unos 9 millones de campesinos sacaban pasaportes cada año para realizar trabajos estacionales fuera de su aldea natal, de los cuales casi la mitad lo hacían para emplearse en sectores no agrarios, mientras que el número de obreros industriales permanentes rondaba los 3 millones. Incluso entre estos últimos, muchos conservaban tierras en sus aldeas o vivían en las mismas (sobre todo en la región de Moscú) y se trasladaban semanal o diariamente a las fábricas (Fitzpatrick, 1994). Este carácter heterogéneo del obrero ruso hará que convivan en la misma formación social, por un lado proletarios depurados de la aldea como es el caso de las grandes fábricas de San Petesburgo (que reciben no obstante oleadas de nuevos migrantes que renuevan el lazo aldeano) con obreros semi-proletarios por el otro, al decir de Oskar Anweiller (1975) “anfibiaos económicos”, como es el caso de las fábricas textiles de Moscú o las minas de los Urales.

A su vez, este proletariado no fue formándose a lo largo de los siglos progresivamente, sino que en consonancia con el proceso de industrialización ruso, lo hizo de manera abrupta por la transformación súbita de sus condiciones de vida. Las condiciones de trabajo, por su parte, sí se correspondían con aquellas propias de las primeras etapas del desarrollo capitalista: jornadas de más de 11 horas, salarios muy bajos, pésimas condiciones de trabajo, ausencia de cualquier tipo de derecho laboral o protección social. Hasta la Revolución de 1905 estas serían las condiciones dominantes para el grueso de los trabajadores. No es de extrañar que dada la combinación tan particular de factores que hemos mencionado, el desarrollo del movimiento obrero en Rusia sea igual de peculiar.

El desarrollo del marxismo y del movimiento obrero

A diferencia de lo ocurrido en otros países europeos, en Rusia, el proceso de industrialización y el consecuente desarrollo de un proletariado industrial altamente concentrado no se vieron acompañados por una transformación ni remotamente acorde de las estructuras políticas. De este modo, “la falta de todo derecho de asociación, la prohibición de exponer reclamaciones colectivas, los castigos que seguían a las huelgas, formaron el mejor medio para revolucionar a la clase obrera rusa” (Anweiller, 1975: 31) y a nuestro entender generaron las condiciones para que en el desarrollo de las luchas obreras se gestara la forma de organización original de masas, el *soviet* de diputados obreros.

Ya en las décadas de 1870 y 1880 se registran desórdenes obreros locales y desorganizados, mayormente protagonizados por los obreros textiles y que en todas sus características se asimilan a aquellas manifestaciones típicas de la prehistoria de los movimientos obreros. Es también en la década de 1870 que se llevan adelante los primeros intentos de organización política de los trabajadores de la mano de los populistas rusos (*narodniki*). Su accionar era descoordinado y espontáneo, y ciertamente no tenían una

“conciencia de clase proletaria”. Más vinculados ideológicamente con el socialismo utópico premarxista, especialmente de origen francés, se combinaban en el populismo el rechazo al proceso de industrialización capitalista incipiente con una idealización del campesinado ruso y sus instituciones tradicionales como el *mir*. Consecuentemente, los populistas dedicaron sus esfuerzos en la década del '70 a acercarse al campesinado con la intención de llevar adelante la organización y propaganda revolucionaria pero sin una intención política definida o una conducción centralizada. Los campesinos recibieron con recelo al movimiento y la policía zarista por su parte respondió con arrestos en masa. La honda frustración que generó este desenlace entre los populistas explica en parte su devenir hacia prácticas de terrorismo revolucionario que, lejos de destruir el régimen autocrático como pretendían, generaron el recrudescimiento de las políticas represivas del zarismo. Sería recién después de estos rotundos fracasos de fines de los '70 y principios de los '80 que dentro de la *intelligentsia*³ rusa se delimitaría la intelectualidad marxista.

Los antiguos dirigentes de la organización populista “Reparto Negro”, Georgi Plejánov, Pável Axelrod y Vera Zasúlich entre otros, fueron los que entraron en contacto con Marx y Engels, se dedicaron al estudio de *El Capital*, e introdujeron las ideas del socialismo científico entre la *intelligentsia* rusa. Fundaron en 1883 la primera organización marxista rusa, el “Grupo para la Emancipación del Trabajo”. Su impacto inicial, dado el clima político desfavorable y su rechazo del accionar terrorista, se dio más bien en el ámbito del debate intelectual donde polemizaron con los principios del populismo. La concepción del capitalismo como un fenómeno “progresista”, modernizador e indispensable para el desarrollo del socialismo los distinguió de la vieja tradición revolucionaria rusa, así como la opción por la clase obrera urbana como sujeto del proceso revolucionario. Fueron principalmente las obras programáticas de Plejanov las que sentaron las bases del marxismo ruso y del análisis de la especificidad nacional del desarrollo capitalista⁴. La tesis que emergía de sus trabajos suponía“(…) una crítica a aquellas formas de construcción política del populismo que se basaban en la apariencia de que el atraso ruso ofrecía la oportunidad de una transición al socialismo evitando el capitalismo” (Dachevsky, 2019: 170). Plejanov se esforzó por demostrar que el capitalismo ya estaba en desarrollo en Rusia, que tanto la clase obrera como la burguesía ya habían emergido como sujetos políticos y que en consecuencia las esperanzas revolucionarias depositadas en el supuesto igualitarismo del autogobierno comunal eran infundadas porque la propia comuna campesina ya estaba atravesada por los antagonismos propios del modo de producción capitalista. Para el marxismo esto implicaba la defensa de un programa democrático-burgués que sentara las bases para la futura revolución socialista. Estos ejes de trabajo seguirán siendo elaborados y profundizados en la década del '90, en polémica con un populismo recargado teóricamente, para entonces ya con la presencia de Lenin que se destacará por sus aportes, los cuales si bien plantean tempranamente divergencias con Plejanov, en algunas cuestiones que se comprobarán centrales más adelante como el programa agrario, demuestran en su análisis de la formación social rusa las tesis centrales de aquel.

Para mediados de los '90, con el aceleramiento del proceso de industrialización, se da un cambio significativo en el movimiento obrero, crecen en extensión y en fuerza los movimientos espontáneos de huelga. Si entre 1886 y 1894 el promedio anual de huelgas había sido de 33, para el periodo que va de 1895 a 1904 este había escalado hasta 166 (Ascher, 1994). Las huelgas de los obreros textiles de San Petesburgo de los años 1896 y 1897 son de las primeras huelgas de masas del movimiento obrero ruso y son también

el contexto en que se dan los primeros intentos de organización. Aquí surgen los comités de huelga que rápidamente y de manera espontánea superan su propósito inicial, recaudar fondos para la huelga, y se convierten en el centro de organización de todos los trabajadores, intentando introducir orden y disciplina en el movimiento. A su vez se convirtieron en el espacio a partir del cual los elementos más vanguardistas del movimiento obrero comenzarían a entrar en contacto con los grupos políticos revolucionarios. A través de círculos y grupos de estudio los intelectuales les ofrecían a los obreros cierto grado de instrucción general y los acercaban a la teoría marxista, fueron así extendiendo su actividad y politizando al movimiento obrero. Hasta la revolución de 1905, estos comités de huelga serían la única forma de organización sindical en Rusia, surgían de la lucha diaria, eran autónomas, crecían desde las bases fabriles y eran dirigidas por los propios trabajadores. Esto se debe en gran parte a que el zarismo no reconocía que existiera en Rusia un “problema obrero” y se empeñaba en traspasar el modelo patriarcal rural al ámbito fabril. Ya para el cambio de siglo y más aún en el contexto de auge del movimiento huelguístico del sur de Rusia de los años 1902 y 1903, se hacía evidente la necesidad de intervención del gobierno en las relaciones al interior de la fábrica. Esta intervención no obstante se encontró siempre constreñida por el carácter autocrático de las estructuras políticas, reacias a instituir leyes sociales efectivas, y por la resistencia de los propios patrones, reacios tanto a la institucionalización de representantes obreros como a cualquier tipo de concesión económica a los trabajadores. Lo primero se aplica a lo sucedido con el llamado “modelo Zubatov”, ideado por Sergei Zubatov, Director del Departamento de Policía, que se basaba en el principio de separación de las luchas obreras con objetivos económicos de aquellas de objetivos políticos, entendiendo que de esta manera con pequeñas concesiones se limitaba la influencia de la intelectualidad revolucionaria entre los obreros. Lo segundo sucedió con la ley de Starosten de 1903 que buscaba instituir un diputado obrero, elegido conjuntamente por los trabajadores y los patrones, que en cada fábrica oficiara de interlocutor. La resistencia de los patrones y las múltiples limitaciones impuestas al Starosten hacían que no se aplicara de facto o que resultara terriblemente ineficaz.

El despegue industrial y el desarrollo del movimiento huelguístico vinieron a confirmar la caracterización marxista de la estructura económica rusa y más aún el potencial revolucionario asociado a la clase obrera urbana. Las expectativas de formar un partido socialdemócrata moderno, unificado y capaz de aportar dirección política al movimiento obrero se encontraban a la orden del día, en particular dada cuenta de lo dispersos y diversos que era los grupos socialistas. En 1895 en Petesburgo se había llegado a la primera unión organizadora de los círculos marxistas ya existentes, la “Unión para la Lucha por la Liberación de la Clase Obrera”, liderada por Martov y Lenin, y para 1898 ya se había emprendido en un congreso en Minsk la fundación del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, que debido a la detención de sus participantes no logró articular un programa y una dirección unificada. La situación de ilegalidad del partido y la persecución policial hicieron imposible que la principal controversia suscitada por el impacto de la experiencia huelguista en las filas del marxismo pudiera resolverse en un congreso formal. En cambio la polémica se articuló a través de la prensa, principal aunque no exclusivamente entre la publicación de “Pensamiento de los Obreros” de Petesburgo, el periódico de la Unión creada en 1895, y la publicación de *Iskra* que comienza a publicarse en el extranjero promovida principalmente por Lenin, y que nucleaba al viejo núcleo de revolucionarios exiliados, a través de la cual se proponía unificar y centralizar al fragmentario y disperso movimiento socialdemócrata (Lenin, 1901).

De la experiencia huelguista y el éxito obtenido momentáneamente en la mejora de las condiciones de trabajo de los obreros surgió dentro del marxismo una corriente que vio en ello la necesidad de jerarquizar los objetivos de la lucha económica relegando e incluso abandonando la persecución de los objetivos de organización y lucha política que creían debían corresponderle a la oposición liberal. Esta corriente, denominada “economicismo” se distanciaba así del programa original de Plejanov, abandonando la dirección política en manos de la clase media y fue el objeto de una encarnizada oposición por parte del grupo vinculado a *Iskra* que veía con preocupación este desviacionismo espontaneísta y trade-unionista, tanto más cuanto los economicistas habían conseguido para 1900 el predominio en la mayoría de las organizaciones locales del partido en Rusia. En el contexto de esta disputa es que Lenin publica en 1902 el *¿Qué hacer?*, escrito que tuvo la importancia para la historia del movimiento obrero ruso de sentar las bases de la rotunda negativa de los socialdemócratas a la lucha únicamente económica y de tipo sindicalista, fortaleciendo la tesis de Plejanov sobre la primacía de la acción política.

El alza del movimiento huelguista del sur de Rusia de 1902 y 1903 que contó con un número creciente de manifestaciones políticas, especialmente el estallido de Rostov del Don de noviembre de 1902⁵, acabó de poner fin a la influencia de la tendencia economicista entre los socialdemócratas, probando erradas sus premisas y confirmando en cambio el rol dirigente que cabía en la lucha política al proletariado. También se sumó a esto el descrédito que supuso en la práctica para los “economicistas” el modelo de sindicalismo policial de Zubatov y Plehve⁶. Para 1903 los economicistas vieron debilitarse profundamente sus posiciones en los comités locales donde en cambio circulaban en crecientes cantidades las publicaciones de *Iskra*. Y fueron los iskristas los que convocaron ese mismo año el II Congreso del POSDR, donde la victoria e influencia de los ortodoxos se vio rápidamente atravesada por una nueva polémica llamada esta vez a profundizarse y proyectarse mucho más en el tiempo.

En principio la disputa que enfrentó a Lenin y Martov giraba en torno al estatuto primero del reglamento partidario y se trataba en definitiva de dos concepciones distintas respecto de la organización partidaria y el grado de disciplina que suponía en sus militantes. Lenin ya había expresado en el *¿Qué hacer?* cuáles eran las tareas del partido socialdemócrata y cuál era en consecuencia la estructura partidaria que requería la consecución de las mismas en la Rusia zarista de principios del siglo XX. La necesidad de formar una camada de revolucionarios profesionales con la disciplina y con la formación teórica y política necesarias para desplegar una actividad política y organizativa entre las masas ininterrumpida, mayormente clandestina e inequívocamente marxista, suponía una organización restringida y centralizada, antes que un partido abiertamente democrático de tipo moderno occidental que era la aspiración de Martov. No obstante, esta divergencia no apareció de forma inmediata en toda su profundidad, los partidarios de ambas posturas parecían no asignarle demasiada importancia en principio, pero lo cierto es que la querrela se profundizaría en lo sucesivo. De esta forma Lenin y sus partidarios perderán sus lugares en el comité editorial de *Iskra* que quedará en manos de los mencheviques, pero conservarán el control de la organización clandestina en Rusia y se dedicarán a la reconquista de los comités y “en agosto de 1904, consigue organizar una auténtica dirección de los grupos bolcheviques, el primer esbozo de lo que será la fracción bolchevique, el “buró de los comités de la mayoría”, que, desde enero de 1905, publica su propio órgano *Vpériod* (¡Adelante!)” (Broue, 1973: 52). Ya en vísperas de la revolución, y conforme se profundiza la escisión entre ambas fracciones,

los bolcheviques cuentan como producto de su disciplinado trabajo clandestino con alrededor de 8000 militantes insertos en la mayoría de los centros industriales.

En estas condiciones hallará la revolución de 1905 a la socialdemocracia rusa que deberá aceleradamente avanzar sobre todas las problemáticas que el desarrollo histórico ahora precipita y se definirán en su transcurso algunos de los lineamientos más importantes y permanentes del movimiento obrero ruso.

El contexto de 1905

La profunda crisis política y la extendida insurgencia popular a la que tuvo que hacer frente el zarismo en 1905 se desarrollaron como consecuencia del solapamiento de las múltiples contradicciones que la formación social rusa cobijaba en su seno. Si bien el protagonismo de sus episodios más álgidos correspondió sin lugar a duda a los obreros rusos, todos los actores sociales fueron en conjunto arrojados a la confrontación más o menos directa con el régimen, poniendo de manifiesto el estado de descomposición del mismo.

El inicio del conflicto bélico con Japón en 1904 y el lastimoso papel jugado en él por el Imperio ruso fueron consecuencia directa de la imprudente política expansionista rusa en el extremo Oriente y probaron ser a su vez, lejos de lo inicialmente esperado, caja de resonancia de la creciente crítica y oposición interna al régimen. A lo largo de ese año se sucedieron con cada vez mayor intensidad los intentos de organización de la oposición a la autocracia, desde el liberalismo vinculado principalmente a los *zemstvos*. Estas instituciones establecidas a lo largo de todo el Imperio poco después de la emancipación de los siervos, eran órganos de autogobierno locales que si bien se encontraban bastante limitados en sus competencias, reunían en torno suyo no solo elementos de la nobleza local sino también del llamado "tercer elemento": maestros, ingenieros, agronomistas, estadistas, etc., que serían la base del liberalismo ruso a la cual se sumarían luego del cambio de siglo profesionales no vinculados a esta institución (abogados, profesores, etc.) y comerciantes e industriales. Si bien en Rusia el movimiento liberal era ideológicamente heterogéneo, a lo largo de 1904 se fue gestando un foco de acuerdo en torno a la necesidad de limitar el poder de la burocracia imperial, someterla a leyes que protegieran las libertades civiles y formar un órgano de gobierno representativo. Tal era el clima social dominante de crítica al régimen a meses de comenzada la guerra, que el asesinato del ultra conservador Ministro de Asuntos Interiores, Plehve, a manos de un socialista revolucionario no suscitó prácticamente ninguna congoja pública por parte de sus colegas (Ascher, 1994) y de hecho quien meses más tarde fuera convocado para sucederlo, Piotr Dmítrievich Sviatopolk-Mirsky, asumió el cargo comprometiéndose a implementar reformas. Lo cierto es que tanto el Zar como parte de sus funcionarios comprendían que eran necesarios gestos conciliatorios para apaciguar el malestar social, pero la serie de decisiones tomadas difícilmente respondían de manera unívoca a este curso de acción.

Los últimos meses de 1904 vieron reunirse, con la anuencia de Mirsky, un congreso de *zemstvos* en San Petesburgo que nucleó a 103 delegados los cuales aprobaron una resolución de diez puntos condenando el accionar de la burocracia imperial, cuestionan-

do la intromisión estatal en los órganos de autogobierno local y apoyando la implementación de un órgano representativo legislativo. Los liberales consiguieron incluso que 1/3 de las asambleas provinciales de *zemstvos*, instituciones formales, mucho más conservadoras y oficiadas por la nobleza local, aprobaran resoluciones similares a las del congreso de San Petesburgo. Toda esta actividad política fue reportada en la prensa por los periódicos más importantes que ignoraron las restricciones que el gobierno había impuesto sobre el tema. Durante los meses venideros se sucedieron reuniones de grupos industriales y financieros, de sociedades profesionales y culturales presionando por la introducción de reformas políticas, también los estudiantes en distintos puntos del Imperio se reunieron reclamando el fin de la guerra y la formación de una asamblea constituyente. Entre noviembre de 1904 y enero de 1905 la Unión de Liberación, primera gran organización del liberalismo ruso fundada meses atrás, organizó una campaña de banquetes, emulando los famosos banquetes de París de 1847 – 48, con la intención de nuclear a la inteligentsia en torno a la bandera del constitucionalismo. Las autoridades lo permitieron no sin reticencia pero sobre la base de que estas reuniones serían de carácter privado. El fermento político que esto desató entre los sectores educados de la sociedad no tenía precedentes, incluso algunos socialdemócratas participaron con discursos y demostraciones tratando de radicalizar las posturas de los liberales. El seguimiento de la prensa dio resonancia a las críticas al régimen como nunca antes había sucedido en Rusia y expresaba los más rábidos ataques a la burocracia, la guerra y el gobierno.

El zarismo en este impasse clave se inclinó por un movimiento político que dadas las circunstancias resultaba en extremo conservador. Siguiendo el consejo de Witte, desoyendo las sugerencias de Mirsky, el zar Nicolás II firmó un *ukase* el 12 de diciembre de 1904 en el cual se comprometía a introducir en un futuro reformas tendientes a limitar las arbitrariedades en la aplicación de las leyes, extender la autoridad de los *zemstvos* y otorgar mayor libertad a la prensa, entre otras medidas igual de imprecisas y moderadas. Lejos de satisfacer las demandas de los liberales, extendió la desconfianza respecto del gobierno que combinó la emisión del decreto con una renovada campaña por parte de las autoridades de represión de las disidencias y de censura de la prensa.

Desde luego, el clima social reinante entre los sectores profesionales y educados de la sociedad rusa generó un impacto considerable entre los activistas obreros. La Unión de Liberación realizó serios esfuerzos por movilizar a los trabajadores, quienes de hecho ya habían desarrollado a lo largo de 1904, bajo el liderazgo del cura Georgii Apollonovich Gapón, la Asamblea de Obreros Industriales y de Molinos Rusos de la ciudad de San Petesburgo que se estima llegó a contar con entre 5000 Y 20000 miembros para fines de ese año. Más allá de la controvertida figura de Gapón y de cuál fuera el alcance real de sus objetivos (Ascher, 1994), la organización había sido creada con la anuencia de Zubatov, Director del Departamento de Policía, lo cual implicaba que sus funciones se encontraban estrechamente limitadas a proyectos sociales y no debía intervenir en disputas laborales. Si bien Gapón sostenía contacto con los liberales y manifestaba simpatía por la causa constitucional, fueron los conflictos que estallaron en la gran planta de armamentos y construcción naval de Putilov en el sudoeste de San Petesburgo los que se expandieron por la ciudad llevando a la huelga a aproximadamente 100 mil trabajadores en 382 fábricas y los que llevaron a Gapón y a la Asamblea a marchar al Palacio de Invierno el 9 de enero de 1905. Basta con leer la petición que los obreros acercaban en procesión al zar aquel 9 de enero para comprender la naturaleza de la conciencia que

los movilizaba. Como señala Anweiler (1975: 39) “El tren con masas de trabajadores hacia el palacio de invierno (...) con el cura Gapón al frente, con reproducción de santos y pancartas de zares, más bien una procesión que una manifestación, fue el último llamamiento del trabajador ruso de pensamiento patriarcal al zar, antes de convertirse en el moderno proletario y revolucionario”. La brutal represión que desataron ulanos y cosacos sobre la pacífica multitud, dejando centenares de muertos y heridos, pasó a la historia como el “domingo sangriento” e hizo de él “(...) en contra de la intención de los participantes, señal para la revolución, en cuya evolución volaron rápidamente las ‘ilusiones patriarcales’ de los obreros rusos haciendo crecer los radicales lemas revolucionarios” (Anweiler, 1975:40). La ola revolucionaria desatada por estos acontecimientos se extendió rápidamente por toda Rusia y llevó al paroxismo las múltiples contradicciones que se larvaban en su interior. Es en este sentido que debe destacarse el carácter heterogéneo de las distintas corrientes políticas y sociales que venían desarrollándose y que se solapan en las acciones y acontecimientos que tienen lugar a lo largo de 1905, encontrando en la huelga de octubre su espacio de confluencia.

Conclusión

El desarrollo del capitalismo en Rusia probó ser de un carácter específico que excedía la mera idea del retraso. Este carácter tardío suponía la asimilación de elementos invariablemente contradictorios, de elementos que en su desarrollo reforzaban las condiciones mismas de su eclosión. Los fenómenos hasta entonces observables en otros países europeos se desarrollaban en Rusia con una precipitación que constreñida por las formas arcaicas de su organización social, los modificaban en carácter. Un movimiento obrero joven, nacido abruptamente de la rápida asimilación de relaciones sociales de producción que en otros países se había desarrollado en progresión, asimilaba en Rusia las conclusiones más avanzadas sobre la espoliación que le era impuesta. La hibridación de las formas sociales impedía el desarrollo de mecanismos de mediación y empujaba a la clase obrera a un protagonismo social que en términos históricos resultaba del todo novedoso y que contrastaba con el letargo que las condiciones del desarrollo económico y el anacronismo político imprimían en los restantes actores sociales. La lucha por comprender y definir las tareas políticas de ese protagonismo proletario es en gran medida la historia de la revolución rusa.

Notas

¹ Trotsky (1932) analiza los desarrollos contradictorios que tuvieron la rebelión de Pugachev de 1774, la sublevación de los decembristas de 1825 y la abolición de la servidumbre de 1861.

² Baste mencionar que Witte, Ministro de Finanzas entre 1892 y 1903, se había dedicado durante 20 años a la gestión de ferrocarriles.

³ Denominación que en términos generales recibía una elite educada y occidentalizada que profesaba una actitud crítica y semi-opositora al régimen zarista (véase: Fitzpatrick, 2012,35-36).

⁴ Para profundizar en el significado que se asignaba a esta especificidad en autores como Plejanov, Lenin e incluso dentro del llamado “marxismo legal” véase: Dachevsky, 2019: 162-193.

⁵ Escribe Lenin (1902) sobre estos acontecimientos en *Iskra*: “Pero estalla en Rostov del Don una de las huelgas más corrientes y “habituales”, a primera vista, y origina unos acontecimientos que muestran paladinamente toda la insensatez y toda la nocividad del intento hecho por los socialistas-revolucionarios de restaurar el movimiento de Naródnaya Volia con todos sus errores teóricos y tácticos. La huelga, que abarca a muchos miles de obreros y que tiene su origen en reivindicaciones de carácter puramente económico, se transforma con rapidez en un acontecimiento político, a pesar de participar en ella un número insuficiente en extremo de fuerzas revolucionarias organizadas. La muchedumbre popular —que, según testimonio de algunos participantes, llega a 20.000 ó 30.000 personas— celebra asambleas políticas que asombran por su seriedad y organización, en las que se leen y comentan con avidez proclamas socialdemócratas, se pronuncian discursos políticos, se explican a los representantes más fortuitos y menos preparados del pueblo ‘trabajador las verdades más elementales del socialismo y de la lucha política, se dan lecciones prácticas y “concretas” de comportamiento con los soldados y de cómo dirigirse a éstos. La dirección de las empresas y la policía pierden la cabeza (¿tal vez, en parte, por su inseguridad en las tropas?) y resultan impotentes para impedir que durante varios días se efectúen reuniones políticas de masas al aire libre, como no se habían visto en Rusia. Y cuando, por último, se recurre a la fuerza militar, la multitud opone encarnizada resistencia y el asesinato de un camarada sirve de motivo para una manifestación política al día siguiente ante su cadáver”

⁶ Viacheslav von Pleve, Ministro de Interior del Imperio Ruso entre 1902 y 1904, que respaldó el modelo de Zubatov.

Bibliografía

- Anweiller, Oskar (1975) *Los Soviets en Rusia 1905 – 1921*, Madrid: Zero. (Versión original 1958).
- Ascher, Abraham (1994) *The Revolution of 1905. Russia in Disarray*, Stanford: Stanford University Press.
- Broue, Pierre (1973) *El Partido Bolchevique*, Madrid: Editorial Ayuso.
- Dachevsky, Fernando (2019) “Lenin y la especificidad nacional en el capitalismo. Análisis de sus escritos económicos sobre Rusia”, en *Revista Izquierdas*, No. 46 (mayo).
- Fitzpatrick, Sheila (2012) *La Revolución Rusa*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores. (Versión original 1994).
- Gerchenkron, Alexander (1962) *Economic Backwardness in Historical Perspective, A Book of Essays*, Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Ingerflom, Claudio S. (2017) *El revolucionario profesional. La construcción política del pueblo*, Rosario: Prohistoria.
- Kemp, Tom (1979) *La Revolución Industrial en la Europa del Siglo XIX*, Barcelona: Editorial Fontanella.
- Lenin (1901) “¿Por dónde empezar?”, en *Iskra*, No. 1 (mayo). Consultado en: <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1901/mayo/001.htm>
- Lenin (1902) “Nuevos acontecimientos y viejos problemas”, en *Iskra*, No. 29 (diciembre). Consultado en: <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1902/noviembre/000b.htm>
- Treadgold, Donald W. (1957) *Lenin y sus rivales*, Buenos Aires: Editorial Ágora.
- Trotsky, León (2007) *Historia de la Revolución Rusa*, España: Fundación Federico Engels, Tomo I. (Versión original 1932).